

EL TRABAJO

Valdepeñas 15 de Agosto de 1905

Humanidad

Desde que el «Cristo» á quien sacrificaron por pecados ajenos llegó á esta tierra de promisión, hemos estado viendo, los que vista tuvimos y conservamos algo alerta el sentido del oído, que aunque ya no sea más que por caridad, (de la que Dios manda tener mucha) impere algo la justicia, no ya de los hombres, porque ésta es imperfecta como venida de quien viene, si no de la que Aquél gran filósofo y filantrópico maestro, quiso poner de muestra para el cumplimiento de todos.

Nada diremos sobre el punto que atañe tan instructiva observación; pero sí que á quien dice ahí vá y no quiere decir de dónde viene y confesar francamente quien lanzó la piedra, nada le diremos, pero sepa que quien tiene muy alto su honor y éste lo precia en más que la vida, sabrá pedir la debida reparación.

NOTAS DE ACTUALIDAD

Quisiéramos sustraernos á todo cuanto con la política se refiere, porque la política actual en España carece de los ideales de otros tiempos y se ha convertido en un negocio ó explotación como otro cualquiera; pero cuando los desmanes de aquélla afectan al derecho del ciudadano y atentan contra los intereses del país en general, deber es de la Prensa, y deber inexcusable, exponer y denunciar esos vicios y demasías para prevenir á la opinión y hacerla ver que se trata de convertirla una vez más en instrumento del caciquismo y de la ilegalidad.

A medida que avanza el tiempo hacia el periodo electoral, el movimiento de aspirantes á la diputación á Cortes se acentúa en términos tales, que no hay ministro que pueda dedicarse con descanso al estudio de los problemas que le incumbe re-

solver, porque se vé asediado y molestado día y noche por los mendigantes de actas, ya individuales ya colectivos. En despachos y antesalas, en Direcciones y Secretarías la nube de pretendientes y la masa de comisiones de provincias abrumba al ministro, á los altos funcionarios y á los modestos porteros y causa náuseas al público que vé sintetizada en esos grupos la inmoralidad de nuestra desmembrada política.

En todas partes la investidura de diputado representa la voluntad del cuerpo electoral, la sanción pública de los prestigios y de la buena fé de un hombre que se ha hecho merecedor á la confianza de sus ciudadanos: En España, el ministro de la Gobernación, los gobernadores, los municipios son los árbitros de esa investidura y los que la obtienen no necesitan de otras consideraciones, méritos y simpatías, que las de aquellos que vulnerando la ley y ejerciendo vergonzosa coacción resuelven las elecciones á su capricho y conveniencia.

Candidatos que pretenden ser reelegidos y que á este efecto desarrollan gran actividad en ir de un ministerio á otro, que hacen supremos esfuerzos de elocuencia para obtener el apoyo del Gobierno, no se impusieron tantas ni derrocharon tanta dialéctica para defender en el Parlamento las justas aspiraciones de los electores y para procurar por las necesidades generales del país. La indiferencia de ayer, una vez obtenida el acta, contrasta con la diligencia de hoy, con los alagos, las promesas la incondicional sumisión para la satisfacción de un menguado interés personal; formando todo ello un conjunto que se ofrece á la consideración de los espíritus rectos, de las personas leales, para prevenirlas y convencerlas, si ya no estuvieran convencidas, de las miserias de la política cuando ésta no se siente animada ni estimulada por el hermoso ideal de la patria.

No obstante lo que dejamos dicho, el Gobierno se hace lenguas de la sinceridad que ha de observar en las próximas elecciones.

Los preliminares de la campaña desmienten de plano semejantes afirmaciones, mentís que no era necesario, pues ya nadie cree en las palabras oficiales.

El vicio, como antiguo, está muy arraigado; y si el Gobierno cede á su nocivo influjo, la masa electoral debe reaccionar y declararse hostil á todo amañeo, á toda componenda, porque el derecho del voto, preciosa conquista de la época de oro de nuestras libertades, es uno de los más santos derechos del hombre, el cual, al renunciar á él por cualquier causa ó móvil que sea, se transforma en un ser despreciable, sin conciencia de su propia dignidad.

La agricultura, más que ningún otro elemento de la riqueza pública, está necesitada de defensa y de hombres competentes que lleven al ánimo del Gobierno el convencimiento de que urge atenderla y regenerarla, no por procedimientos empíricos, sino por medios prácticos, por reformas acertadas y constantes y por leyes que modifiquen las actuales. Afortunadamente en toda España hay agricultores con inteligencia, posición social y voluntad capaces de acometer la patriótica campaña, cuyos frutos recogeríamos todos, grandes y pequeños.

¿Por qué, pues, hemos de esperar inútilmente de unos advenedizos, pedantes y ambiciosos, lo que nosotros mismos podemos conseguir al menor esfuerzo de nuestra libérrima voluntad...?

L. DE M.

CRONICA

Verano y Otoño

La recolección de cereales ha sido desgraciadamente más breve que el paso de un meteoro; las *heras* apenas si se han dado cuen-

tade que había llegado el *Agosto* y han quedado de nuevo sumidas en letárgico sueño, esperando que pase otro año para que en ellas renazca la vida.

Ya no sienten sobre su superficie formada por mil diferentes piedras que, criadas en distintos sitios, forman un sólo y compacto cuerpo, el constante rodar de los carros que triscan las mieses, y los trillos que con sus pechos de pedernal terminan la molienda de las doradas cañas que han de servir de alimento á las caballerías.

Ya no obstentan sobre sí los enormes *peces* formados de paja en cuyo plateado color se rompen los rayos del sol, semejando férrea armadura de ejército conquistador.

Ya no se recrea nuestra vista contemplando sobre la empedrada planicie, los rubios montones de trigo que más tarde, y en distintas formas y calidades, será pan para el alimento de todos los hombres. En cuanto á la cebada, ¡qué fugaz fué su recogida! qué apenado está el labrador por la corta cantidad recolectada; más tristeza produce en él la falta de este grano que la de aquel de que se alimenta, porque siéndole tan necesario para el sostenimiento de las caballerías que le auxilian en sus rudas faenas, es su constante pesadilla y padecimiento, pues ducho en estas lides sabe por fatal experiencia los escollos que tendrá que salvar hasta llegar al nuevo *Agosto*.

En fin todo acabó. Ya no se oyen los alegres cánticos que á porfía entonan infinidad de pequeños trilladores, héroes anónimos que durante catorce horas sufren la acción del sol que los calcina, y el polvillo de paja que cual fina mostaza les cauteriza la piel. Nada.

Todo es silencio; los últimos rayos del sol se reflejan en las relucientes piedras de las *heras* y después la noche que con su negro y misterioso manto lo envuelve y sólo reina su inseparable compañero. El silencio.

* *